

LITERATURA DEL PLATA.

SEMANARIO

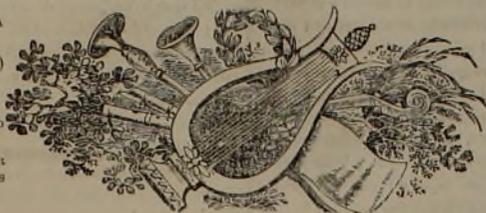
De Religión, Ciencias, Literatura, Viajes, Costumbres, Modas y Música.

Redactor y Director,
EDUARDO G. GORDON.

Editor y propietario,
DOMINGO FERNANDEZ.

COLABORACION.

Dr. F. A. DE FIGUEROA
» F. X. DE ACHA.
» ANTONIO DIAZ (HIJO)
» JOSE A TAVOLARA
» MELITON GONZALEZ
» RAMON DE SANTIAGO
» EDUARDO XIMENEZ
» A. GONZALEZ-SOLAR
» FRANCISCO L. TORRES
» DARIO R. CHA.



Dr. ADOLFO RODRIGUEZ
» GREGORIO P. GOMAR
» A. M. CERVANTES
» GUALBERTO MENDEZ
» F. F. Y ARTIGAS
» E. FERNANDEZ
» SYMPHORO C. A.
Dr. J. B. DE CASTRO
» TOMAS GUTIERREZ
» CARLOS FAX
» RICARDO GUTIERREZ

ESTE PERIÓDICO SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS POR LA **Imprenta Oriental**, ESTABLECIDA EN LA CALLE DEL **25 de Mayo N.º 50**.—PRECIO DE LA SUSCRICION UN PATAcón, EL CUAL SE PAGA AL RECIBIR EL PRIMER NUMERO. SE RECIBEN SUSCRICIONES SOLOAMENTE EN LA IMPRENTA DONDE SE PUBLICA O DANDO AVISO AL DEPARTIDO.

SECCION CIENTIFICA.

LAS ESFINGES.

(Artículo 8.—Véase la edición anterior.)

La Esfinge de Psamis.

Pensar es hallar la naturaleza
objetiva en nosotros mismos.
SPINOSA.

Cada hombre anda un océano estrellado, un sol, de justicia, un éter vibrante de puro azul. Cuando el dolor, noche del alma, eclipsa nuestro sér, entonces aparecen, como en las tinieblas, las maravillas del firmamento, con tal que no intercepten la vista las nubes del orgullo, y de la carne.

Nuestros pensamientos parecen germinar confusamente en nuestra mente, como la materia luminosa en el espacio; poco á poco se forman centros de atraccion, las ideas adquieren la forma esférica como los astros, reflejando por doquier la luz, y constituyéndose centros de atraccion de otras ideas inferiores que en torno gravitan. La espresion de una inteligencia luminosa no se reduce á una estéril metáfora.

Hay un principio oculto en nuestro sér, por el cual podemos elevarnos mas allá de la humanidad. Cuando el alma comunica con entes superiores, tiende á separarse de naturalezas subordinadas, trunca esta y da por otra mas perfecta, y parece internarse, agruparse, formar parte de un sistema jerárquicamente mas elevado. La vibracion melo-

diosa de las alas de criaturas superiores, la armonía sideral de Platon, el éxtasis superior al entusiasmo, la sed de lo imposible ampliamente apagada, la fiebre voluptuosa del misticismo, quimeras son para el hombre, mas verdades evidentes para una criatura mas elevada en la escala de los séres; efecto misterioso de la presencia de criaturas superiores é invisible, que esperecen en nuestra alma, la salud espiritual y la alegría, y dejan en nuestro corazon un surco plateado como la luna en las ondas, sembrando las perlas en nuestra mente como la Aurora el rocío en las flores.

La Inteligencia y el Amor forman las dos alas del alma; y, como bajo el nombre de Lucero matutino y Lucero vespertino, brilla el mismo astro en el cielo, el Recuerdo y la Esperanza se identifican en la mente que como la gota de rocío, refleja el firmamento estrellado.

LA ESFINGE DE PAPREMIS.

Liebe ist alles
G'üthe,
El amor es todo.

La luz falta á mis ojos que, sin doblar mi párpado de granito, cogaron el sol de Egipto y la arena del desierto. Mas en el foco divino de mi alma se ha levantado el místico sol del Amor, que abre á mi visto horizontes sin fin de beatitud sobrehumana, como ni aun siquiera sospecha la grey ciega de corazon que se agita en el lodo inmundo.

Lo que el lenguaje humano denomina Amor no

es digno de formar la sombra del Amor verdadero, y el alma que ilumina una mirada divina se forma un nimbo glorioso, lleva por doquier la luz como el insecto, y compadece a los pobros mortales que profanan la palabra Amor—después de Dios la mas sublime que posee el idioma terrestre—al aplicarla á una convulsión momentánea que eclipsa y humilla en pos de una satisfacción falaz.

¡Oh vosotros, pueblos del Egipto, bebed ansiosos en el vaso que contiene el filtro espumante del Infinito, ese filtro que contiene la fuerza que mueve los astros y hace latir cálido el universo en manos del Eterno, como el pájaro en manos del niño!

¡Oh jóvenes de porte gallardo y flexible como el ciprés que inclina el viento! ¡Virgenes de ojos negros y suaves, de mirada llena de palpitante luz y misteriosa sombra, de la noche oscura sembrada de chispeantes estrellas! ¿Veis arrebatado por el viento ese copo de cándida lana, como el que dejan en las zarzas los rebañeros?

Así pasa no solo la pesadilla febril llamada vida, sino este mundo enigmático, y cuanto puede afectar los sentidos humanos. Toda rosa llega á deshojarse marchita, y el universo llegará á presentarse ante la eternidad como un cáuce exhausto. Desde la cuna hasta el sepulcro todo nos engaña, y la vida mas beata es un sollozo continuo, una fibación incesante á la esperanza. Dios solo es verdadero, Dios solo es grande, Dios solo es Dios.

¡Oh desventuradas criaturas que sin ser consultadas, recibisteis el don amargo de la existencia! Si queréis progresar sin fin en las vías de la felicidad infinita; si anhelaís destilar vuestro sér hasta llegar á la última y misteriosa esencia que se confunde con el Omnipotente, huid del veneno de los sentidos cuyo humo embriaga, pues Dios no admite un corazón desflorado, un alma tiznada por el humo de la carne.

Este cuerpo es un sepulcro infecto. ¡Dichoso quien resucita transfigurado y glorioso, rompiendo las paredes mortales como la mariposa el capullo!

El verdadero siervo de Dios debe ser ciego, sordo, mudo, pasar como una sombra en la ciudad de la vida, vivir como si no viviera en el mundo de la nada; y, cuando nada hará latir su corazón, cuando habrá recibido la gloriosa corona de la muerte, entonces encontrará el Amor eterno, con el cual llegará á confundirse, como una gota de agua en la inmensidad de los mares.

Morir en Dios es vivir, vivir en Dios es morir.

El sér, la vida, cuanto concibe el hombre y cuanto no concibe, se hallan contenidos en la palabra Amor. ¡Dichoso quien pasta de lo contradictorio, de lo absurdo, de cuanto tiende á entibiar el ardor, á paralizar la vehemencia! Tal, en vez de apagar al resinoso pino, que encendiera

el fuego del cielo, el huracan salvador hace flamear el bosque espeso, virgen de los rayos del sol y del pensamiento humano. ¡Dichoso quien aspira á lo inefable, á lo imposible, á lo invisible, al infinito, al absoluto!

Antes del tiempo existía el Amor, y cuando todo lo absorberá la nada, el Amor tan solo existirá en los mundos sin fin. El es el *alfa* y la *omega*, la vida y la muerte, el Criador y la criatura, en una palabra, toda la sustancia.

El que se embriaga de vino, se levantará sediento y abrasado los flancos en medio de la noche mas el que se embriaga de Amor se despertará en medio de la eternidad beata.

La Esfinge de Roboam ó de Jerusalem.

Away the mystic,
SHALLEY
Fuera el místico.

La ceguera de tus ojos corporales se ha comunicado á los de tu alma, Esfinge, pues tu labio blasfema. El Amor es santo en sí, el Amor es, un radio de la divina esfera; pero el Amor no es Dios.

¡Ay de los miserables ilusos que sacan de sus sesos un mundo frágil y pintoresco, como una bola de javon que refleja los colores del iris y se quiebra al menor choque! ¡Ay de los idólatras de sí mismos, que se embriagan con sus propios sueños, como otros dementes con el jugo del cáñamo! ¡Ay de quien pretende instalarse en el trono de Dios! ¿Acaso fué el ojo el que crió la luz? ¿Acaso fué la inteligencia la que crió la verdad? Desde que se entra en la region de los sueños, todo se pierde, Dios se borra, la fé se evapora, la voluntad se apaga, el alma sucumba y comienza el reino de las tinieblas.

La Esfinge de Asur ó de Ninive.

Toujours accablé!... Laisse donc tes
misérables supérations et ouvre tes
coeur à la lumière.

HENRI-IPPE MOREAU.

¿Es vuestra voz la que oesecho, Jerusalem? Mi oido embotado por la edad no acierta á distinguir lo que decís. ¿Venís tal vez á pedirme prestados y sin prenda mis dioses de Asiria, como vuestra hermana Samaria, tan festiva como vos adusta, cuyo humor sensual la impele á prostituirse en todas las callejuelas?

¿Acampa aun en vuestro suelo el enemigo? ¿Devoran aun vuestras mieses nubes de langos-

as? ¿Robosa aun el cielo implacable el rocío vespertino á vuestros prados sedientos? ¿Decima aun el hambre vuestra poblacion uraña.

¿Porque os obstináis en permanecer oculta como la lechuzca en su guarida, sin mas alimento que el sudor de las piedras como el sapo?

Anciana soy, pero mi prosapia es una virgen núbil que inflama el soplo de Baal. La ardorosa juventud irradia de su seno como un humo de fuego. A la manera de la cierva herida que espumosa y sangrienta el rejon sacude, la flecha del amor por do quier la acompaña. Semíramis, Dido, Estratónice, Jezabel, Atalia, Artemisa, Cleopatra bebieron mi filtro de vida y muerte; y sacerdotizas de Astarté, se muestran de sus tronos como un coro de réginas Menadas. La fuerza del descan tuerce los miembros de los ministros de mi culto pomposo, quienes sedientos del infinito, al son de la flauta fría se sajan las carnes, invocando a Moloch.

Todo el Oriente se estiende á mis plantas como una alfombra. Cuatro principes de Etiopia, negros como el ébano, sostiene mi dosel de marfil; cuatro reyes de Mesopotamia, con áureo careaf y dentellada diadema, levantan mi manto estrellado como el de la noche. Las caravanas de Ofir vierten sin cesar en mi regazo las cimarras dumasquinas, los tabaltes de oro cineclado, las mirras de diamante, los candelabros simbólicos, los olorosos pebetes, los turbantes bordados en la sombra del haren por palpíntes bellezas, los caíques empavesados, el cedro incorruptible del Líbano, los abetos del Senir, los vinos de Lesbos, la mirra de Rodas, la miel de Himeto, los molosos de Laconia, las cortesanas de Ascalon, los muebles de oro y marfil de Corinto, los leones mansos con zarcillos, los cuadros griegos que al vivo representan la gloria y la flaqueza de los dioses olímpicos.

¿Por qué no adheris á mi fulgoroso culto que concentra, en balsámico ramillete, la gala de natura y las promesas de los sueños del corazón? Mis dioses son tan numerosos que mi lengua senil es demasiado espesa para articular su interminable letanía. El universo es un hosana de amor. Las estrellas, evocadas por mi aspiracion continua, dejan caer en mi seno miradas inteligentes. La tura de oro que en mis sienes reposa, fulgura de diamantes, cuya disposicion compendia las constelaciones. Tal como un príncipe que verán andando el tiempo los siglos desposado con el mar Adriático, la virgen núbil de Asiria se proclama esposa del sol. El palacio que habita guarda la forma de Orion fulgido, y en un terraplen elevado los Magos sienten erujir profética su fíra bal contemplar las estrellas.

Venid á mí, Jerusalem, y sed el satélite fulgoroso del astro ninivita.

La Esfinge de Jerusalem.

¡Oh vos que pasais por esta senda decidme si hay un dolor igual al mio!

JEREMIAS.

No, que el Dios que en mi templo habita como en un tabernáculo, desdeña los halagos de la Putificar impura. Por otra parte, esta noche he cido relinchar la Eternidad flamígera en los alrededores de Belen. Mi sér entero se desencaja como el seno de una mujer que se apresta á dar la vida en medio de dolores vivos. Mis hijos taladrarán mi seno como los viperones el de su madre. El fruto de mis entrañas será como el aloe, cuya semilla madurada durante siglos, revienta estrejitosa y repentina. Dispensados por do quier, mi antigua prole formara un pueblo euménico, la ortiga crecerá en mis calles y en mi arrugada frente escupirán los transeuntes.

¡Oh desgraciada de mí! El Señor pisará su lagar y coronará de mirto mi calva sien. Las grutas cesarán de repetir la voz de los profetas, los cedros del Líbano lojarán mústios su follaje, el orin cubrirá á la manera de un luto las cuerdas del arpa que tañera David, el yugo llagará mi cuello, la lepra invadirá mi seno, y las cenizas del desierto humearán del rayo fulminado per Jehová.

La Esfinge de Semiramis ó de Babilonia.

Babilonia es tan hermosa, tan grande y opu lenta, que no hay ciudad en el mundo que a aun remotamente pueda compararsela.

HERODOTO.

Cette masse vous effraye, dit Michel-Ange aux Romains en leur montrant le Parthénon. Eh bien, je la transporterai aux régions de vous. . . . Et effet, la coupe de Saint-Pierre réalise les dimensions du Parthénon.

DUPATY

Los rayos del sol dilatan la atmósfera del desierto, é impregnado de luz y calor, pinta reverberante el aire las campiñas lejanas. Así la accion del sol divino, cuya simbólica imágen nos ofrece la estrella que á nuestra tierra ilumina y fecunda, sublima el corazón de los sacerdotes caldeos, cuya mente, como bruñido espejo, refleja las visiones de ventura prometida á la humana prosapia, grande tan solo por la esperanza.

Mientras que los rayos de la luna se quiebran mudos en las cien puertas colosales de bronce que á Babilonia conducen, con relieves que no se sacian de contemplar los viajeros; mientras que la macilenta luz del astro nocturno reflejan las áureas inscripciones de Semíramis en los muros de la metrópoli, los magos de Asiria se cubriegan del leer del infinito que de las estrellas filtra, esforzándose en leer el pensamiento divino trazado en el firmamento.

Jardín flotante en el espacio, nuestro planeta aparecerá á los habitantes de los otros mundos como una bella esmeralda ahogada en el azul. ¿Acaso no se muestra Júpiter como un zafiro, Saturno como una perla, Marte como un rubí y cual diamante brillador la bella Venus que el sol escolta y preceite, ahogada en sus rayos? Una corona de luz flotará sobre el globo que actualmente bañan la sangre y las lágrimas, corona cuya imagen simbólica sonará fatídica la imaginación venidera en forma de aureola sobre la cabeza de los santos, y cuyo segmento inicial contemplan las coronas al polo líntrofos, bajo el nombre de aurora boreal.

Pero como la chispa empuja revela un incendio futuro, la promesa de felicidad suprema se anuló en la mente de emiranos, cuyo sueño luminoso recios á Babilonia como la piedra preciosa que el oro engarza.

Mas allá la region que el rayo azota, en una zona beata cuyos habitantes ven forjarse á sus piés la tempestad, se estiende el vasto Eden que á Babilonia engrue, encuadrado por azulados montes á manera de turquesas, y espesuras movedizas de castaños do trinan el raiñeñor melodioso y el pntado colorin. La vsta se reposa plácida en los afelpados llanos de millido césped do blanquean los rebuños, cuyos bafidos se mezclan al himno de amor de la tórtola. Allí ruina la vaca salpicada, trisca juguetea el cervatillo, suspende cual guirnalda su nido la oropéndola, y ébrio de vida el elefante promueve con su trompa una lluvia de jarmines, islas olorosas que mecen las aguas del Eúfrates.

Bajo un emparado de madre selva, el céfiro impregnado de aroma abanica arrullando el rostro, la abeja zumbia cargada de botín, la mariposa ostenta en sus alas la magia de la esperanza, y el rocío brilla diamantino en el balsámico romero, á cuyo lado se arrastra el áureo melon. Mas allá brillan deslumbrantes las hojas barnizadas del laurel, mientras que perfuma el ambiente el azahar y ostenta el granado cual gruta de rubíes su fruto entreabierto. La parda trucha, la serpentina anguila se divisan en los cristalinos arroyos procedentes de azulados manantiales, cuya masa líquida se despoña en forma de cascadas pulveru-

lentas coronadas por arco-iris sin fin, que armónicas se cruzan, ofreciendo al ojo absorto una magia indecible y una sonrisa de naturaleza amante que acoge profético el corazón votivo.

En las zarzas floridas se divisa de la fresa fragante, que rubicunda brilla al lado de los cándidos copos de la lana que dejaron los rebuños. La colmena ambarea bulle afanosa en el tronco de la encina, á cuyo pié se prolonga sobre el césped la sombra de hongo; la nudosa h guerra ofrece risueña sus frutos; y bordado de plátanos y vistosos lilas, fulgura cual escudo bññido el lago apacible, cuyas aguas como el alma humana reflejan la hermosura del cielo y de la tierra. ¿Y quién podrá describir el laberinto de flores que pródigas se ofrecen á la vista deslumbrada? El cándido lirio, la anémoma de oro, el nardo cuyo olor de placer enerva, el tul pan cuyo vistoso cáliz atesora el rocío del cielo, e oleroso jarmín, la balsámica albahaca, el rojo amaranto de Serendib, la rosa de Cuchemira, rivalizan de colores y perfumes. El juego cadente del Zodíaco llena la mente de pensamientos nuevos, de nuevos placeres el corazón, de nuevas flores y frutos los cestos. La astronomía, la agricultura, el amor, la naturaleza, vuelven voluptuosos cada momento de la existencia, y cambian en hilo de oro el estambre la vida del humano, cuyos días se desgranaban como, roto el hilo, las perlas de ámbar del collar que deslumbran y embalsaman. La falsa perspectiva del ojo del hombre que atribuye el sol el movimiento de la tierra, divi en el pasado la edad de oro, en vez de colocarla en el porvenir.

Tal fué la división de Semíramis, que conserva Babilonia. Todos los príncipes del Asia acuden á ver los jardines suspendidos, cuya gala principal era la misma reina de Asiria, deslumbrante por su belleza sobrehumana. La cabellera de oro coronaba tan solo su tersa frente alabastrina, que incubara el fulgoroso arquetipo de Babilonia; sus ojos azules coacentraban la pureza del cielo, y su mirada sublimaba el corazón de sus guerreros. Los príncipes de la India eran ver levantarse el sol sobre un banco de perlas y corales, al divisar la sonora hehiteera de la reina, cuando con un azor en la mano, seguida de una cierva jugueteona que la otra mano luma, montaba en alazan generoso ó hacia erugir bajo sus pasos la arena plateada; y los poetas rompían desesperados la lira, al ver realizado un sueño que ni aun siquiera osara sospechar su tímida fantasía.

J. BERMUDEZ DE CASTRO.

(Concluirá)

SECCION BIOGRAFICA.

POETAS AMERICANOS.

Abigail Lozano—Apuntes biográficos.

Cas en el centro de ese ameno jardín de la América que se llama Venezuela, donde la mano de Dios derramó con profusión toda especie de cesoros, existe una pintoresca y rica población de las más antiguas que los conquistadores del siglo XV, fundaron en el continente descubierta por el génio atrevido de Colón. Esta ciudad es Valencia Real, llamada así por sus fundadores, y cuyos campos fueron la tumba del imperio español en Venezuela.

No puede imaginarse nada más encantador que la situación de esa ciudad, la segunda de la República y cuna de muchos hombres célebres de nuestra independencia. Colocada en medio de una vasta llanura y algo elevada sobre el nivel del mar, se goza en ella de un temperamento cálido y saludable. Su hermoso lago, que la baña por el Sud-Este, viste sus campos de una fertilidad asombrosa y aumenta cada día su riqueza.

Esa ciudad fué la cuna de *Abigail Lozano*, que nació el día 24 de mayo de 1823 de la unión legítima de sus padres Francisco Lozano y María Arce. Esto no eran ricos; pero tenían bienes suficientes para vivir tranquilos sin las zozobras que enjendra una desgraciada situación y sin temores por el porvenir de sus hijos, que ellos, en la espansa de su ternura paternal, se figuraba placido y risueño. Todo era paz y bienestar en esta familia; y bien pronto con la muerte del padre de Abigail cuando apenas contaba este cinco años; edad en que no podía conocer ni medir la inmensa pérdida que sufría, el insondable vacío que dejaba en su existencia aquella catástrofe. Tal vez entonces sintió esas primeras impresiones que la niñez no olvida y que la edad madura conserva religiosamente como un santuario. Y así es; no nos son enteramente fingidos todos nuestros sentimientos de niños; ellos casi siempre deciden de toda nuestra vida y la imprimen un sello indeleble que jamás desaparece. Nos gozamos y padecemos con esos recuerdos de la primera edad; y esos gozos y esos padecimientos, ó nublan y sonríen nuestro corazón ó le arrojan un velo de aridez y de tristeza.

Con la muerte del padre de Lozano, la padre a llamó á las puertas de la casa; las ausencias, los deseos y las esperanzas desaparecieron bien pronto, dejándolo solo en el corazón de aquellos que momentos antes se creían felices con su vivir modesto,

la realidad amarga y desnuda; realidad tanto más desoladora, cuanto que es la irónica burla y único mentis de nuestros sueños de otros tiempos!.....

Trasladada á Puerto-Cabello la familia Lozano, empezó allí nuestro jóven sus primeros estudios; pero los recursos de su madre apenas le permitieron permanecer en las escuelas para adquirir algunos conocimientos de Gramática y Aritmética. Eso fue todo lo que aprendió, el que años más tarde debía figurar como uno de los más felices ingenios literarios de su patria. En Puerto-Cabello empezó su carrera de poeta; el espectáculo imponente y magnífico del mar; aquellos horizontos dilatados é inmensos; aquella naturaleza selvática que rodea y ciñe como una cadena la estrechidad occidental de dicho puerto, eran cuadros que debían vivificar la imaginación feliz del bato Venezolano. Y así fué: aun en la escuela, en el hogar doméstico, se le notaban esos arranques del genio que ya empezaba á remontarse á los cielos. Muchas veces cuando oía cantar á su madre alguna cancioncita de esas que no vienen á ser, escuchaba con una especie de arrobamiento y poniendo en la misma medida las ideas que se despertaban en su imaginación; la preguntaba "¿se puede cantar esto?" y cuando su madre le conte tuba afirmativamente, saltaba de gozo. Aquella entonces le decía entre triste y contenta. "Mira: no hagas versos; siempre he oído decir que los poetas son muy desgraciados."

Otras veces cuando sus compañeros de escuela se burlaban de su genio, les decía: "Poned al margen de este papel las letras que querrais y haré versos que principien por ellas sobre el asunto que me deis." Apoco tiempo aparecía el acrostico y el poeta era entonces creído.

Su mansion en Puerto-Cabello no debía durar mucho tiempo: necesitaba un teatro más vasto donde pudiera campear su génio poético, y así lo vemos despedirse escatadamente de aquellos lugares.

"Otro suelo me espera..... si en mi canto
Una queja voló tras un gemido
Perdoná, oh! pueblo, al Vate dolorido
Que acaso no quisiste comprender,
Adó! mi mente guarda tu memoria,
Memoria con matices de ventura
Y con palabras aciajas de un trépano
Que recaído con llanto y con placer."

Y saludando al mismo tiempo á Caracas, su ciudad querida, la dice:

Tú tienes en tu suelo
Risueñas creaciones
Y en tus amenos rios

Oculto inspiracion;
Yo tengo solo un arpa
De lastimeros sonos
Y que en humilde ofrenda
Te rinde el corazon."

Caracas levó continuar privadamente sus estudios, y ademas de la literatura se esmeró en adquirir algunos conocimientos sobre los idiomas Francés é Italiano, que perfeccionó mas tarde en el tranquilo retiro en que hoy vive.

Desde el año de 1843, en que se verificó su traslacion á aquella capital, hasta el 47, apoca de su retiro á San Felipe el Fuerte, no dejó de cultivar las bellas letras, habiendo sido uno de los redactores del *ALBUM*, periódico que gozó de general aceptación, y escribiendo en los demas que se dieron á luz en aquellos años. Entonces se publicaron *Las grisesas del alcaz* y *las Horas de Martirio*, primeras colecciones completas de poesias que un venclousano haya dado á luz.

(Concluirá)

SECCION POETICA.

AL QUERUB ORIENTAL.

ALEGORIA

La Belleza, el Amor y la Inocencia.

Callad, glorias del suelo!

Ecos vanos, callad!

Load la luz del cielo,

Load, load, load!

El Sér Supremo envia

La lumbré matinal,

Para aumentar el dia

Del angel oriental.

Volemos, sí, volemos

En torno de su sien!

La vízgen despertemos

Que vino del Edén!

Callad, glorias del cielo!

Ecos vanos, callad!

La perfeccion del cielo

Load, load, load!

•••

LA BELLEZA,

A tí yo me postro

Celeste querube

Mi ser es tu rostro;

Tu ser mi ilusion!

EL AMOR.

Yo vivo en tus ojos
Yo vivo en tus labios
Tus custos sonrojos
Mis redes ¡ay son!

LA INOCENCIA.

Mi cuna es tu alma,
Mi vida tu aliento,
Si dásme la calma
Te doy el rubor!

LA BELLEZA.

Me miro en tu frente,
Me muevo en tu paso,
Y brillo esplendente
Con tu albo color!

EL AMOR,

Tu acento es mi acento,
Mia es tu mirada,
Y rio contento
Si ries también!

LA INOCENCIA.

En tí transparencia
Cobiaron mis alas,
Si en mí cobró esencia
Tu voce de bien!

LA BELLEZA,

Yo soy de tu canto
La tierna armonia,
Si tú eres mi encanto,
Tu encanto yo soy!

EL AMOR

Yo sueño en tu sueño,
Tu veno es mi gruta,
Y puro alhagüeno,
Do vas tu, yo voy!

LA INOCENCIA.

Soy yo el pensamiento
Que dice tu alma:
Soy yo tu contento;
Soy yo tu dolor!

•••

LA BELLEZA, EL AMOR Y LA INOCENCIA.

Pues es tu existencia,
Querub del oriente,

Belleza, inocencia
Purísimo amor!

..

Ya nuestro ser revivió!
Glorias del suelo callad!
Ya la virgen despertó,
Mortales, laud, laud!

..

EL MORTAL.

Hermosa virgen, ideal perfecto
De la divina inspiracion sagrada,
Oye el canto que tímido mi afecto
Eleva á tu beldad immaculada.

El es del corazon, como el latido
Con que golpeara mi doliente seno,
Cuando, en tus dulces ojos embebido,
Probó la miel para gustar veneno.

El eterno será como la brisa
Que columpia la flor, enamorada!
Yo te adoro, querub! Con tu sonrisa,
Dáme el celeste iman de tu mirada!

Tomás Gutierrez.

AL CORAZON.

¡ Por qué te quejas si el rayo
Tu pobre cabeza hirió el
Levántalo, sufre y muere
Y no te hundes jamás.

Pobre corazon, que tienes?
por que lates tan violento?
cual la causa del tormento?
por qué tan negra afliccion?
Lates de pena transido?
sufres horribles dolores?
las penas y sinsabores
son tu herencia corazon!

Sufre y llora, esa es tu suerte
no te aflijas los agravios,
llevo la risa en los labios
la hiel en el corazon:—
El mundo rie tambien
sigue su destino insano,
el mundo enseña al humano
la verdad y la ficcion.

Pobre corazon, tú amas;
eres mal correspondido?
sufres? para eso has nacido
sufre y calla corazon!

Tal vez te han despedazado
las pequeñeces del mundo,
y con sarcasmo profundo
han reido de tu ambicion.

El mundo es el océano
donde naufraga la ciencia,
y no basta la conciencia,
para triunfar y reir.
Que te falta? porque lloras
si recién tu vida empieza?
o te falta la riqueza
para aprender á fiójir!.....

Oh! la virtud no se compra
y la riqueza se adquiere,
y todo en la vida muere:—
que prefieres corazon?
Quieres virtud sin dinero
á esa razon no se arguye,
que el dinero prostituye
la conciencia y la razon.

Bajo capa de diamantes
guarda el rico su indigencia,
y él calla su conciencia
con dinero, nada mas—
Y tras la espumosa copa
del champaña como alimbar,
en sendos vasos acibar
bebe infelice quizás!.....

Sé virtuoso siempre, siempre
y no llores tu pobreza;
que tú tienes mas riqueza
con tu virtud corazon.
Examínate un momento
mide un punto tu existencia;
y pregunta á la conciencia
si es la virtud un blason,

Ah! no lloras, lucharemos
brazo á brazo con la vida:
si sacamos una herida
que importa? Sabes sufrir.
Quieres vencer el dolor
y luchar con la existencia;
y con la sola conciencia
abordar el porvenir?

Pues luchemos brazo á brazo
sin temor ni desconfianza,
si vuela la esperanza
sigue firme la razon.
Brazo á brazo, y adelante
no quedaremos vencidos,
no te dicen tus latidos
que triunfarás corazon!

Adelante y no te arredren
los dolores de la vida;
lucha, lucha, tu querida
sabe luchar y vencer.
No me abandones, no temas
un paso mas y triunfamos,
baste de llanto, emprendamos
la lucha hasta fallecer.

Levanta, ven y luchemos
la virtud te dará fuerza,
y aunque el destino te torza
lucha siempre, mas y mas:—
" Por que te quejas si el rayo
" tu pobre cabeza hiere?
" Levántala, sufre y muere
" Y no te humilles jamás!"

E. G. GORDON.

Enero 1.º de 1860

LUZ DEL ALBA.

LEYENDA

POR EDUARDO G. GORDON.

A la Señorita O. F. L.

[CONTINUACION.]

I.

Corría el siglo diez, Malta orgullosa
alzada sus fieles caballeros,
para abatir la hueste poderosa
del bárbaro Sultan, esclavos fieros.
La enseña de la cruz tan poderosa
conducida también por sus guerreros
iva a tirarse en sangre de inhumanos
tremolando de Córdoba en los llanos.

La hueste el visaba las almenas
y allí del opresor la media luna;
la sangre del cristiano, entre las venas
al bullir anunciaba la fortuna,
los blancos minarets en el colmenas
de enanos coronadas—Todo aduna
el triunfo de la cruz sobre el pagano
el furor redoblando del cristiano.

Era la tarde, el sol casi velado
se ocultaba detrás del cortinaje
mientras la noche con semblante airado
tendía sobre la tierra su ropaje
de misterio vapor tala caluroso.
Solo se oía el ruid del ramaje
al discurrir la brisa pasajera
que murmuraba diciendo la palmera.

Al frente de murallas y torreones
la hueste de la cruz aguarda el día,
para alambirar sus limp dos pendones
con los rayos del sol que allí les guía.
Y fervidas y ardientes oraciones
al Dios de la creación del suelo envía
el esforzado ejército cristiano
que á vencer ó morir ivan al llano.

Entre tanto la noche apresurosa
sacude su ropaje oscurecido
y la aurora á buscar corre afanosa
hermana del silencio entristecido.
El viento cesa su espresion ruidosa
luchan sombras y aurora, al fin vencido
cede su puesto, vuelve la alegre a
la brisa, el ruiseñor, llaman al día.

Resuenan con fragor los atambores
la hueste se prepara á la batalla,
y á los primeros fulgidos alboros
á escalar se encaminan la muralla;
y del sol á los vivos resplandores
el ruidoso combate, al fin estalla
y entre el plomo, el estruendo y griterío
vicia la religion solo se oía.

Entre el humo y la sangre los guerreros
escalan la muralla y hacen en mano,
arremeten cruzados caballeros
á conquistar con sangre al inhumano.
Mientras estos tambien con gritos fieros
llaman a Alá su solo soberano;
rompe, empuja, deshace y retrocede
y otro palmo al cristiano le concede.

Los cañones vomitan solo muerte
y esterminio tambien en cada espada,
los torcos ven cambiar pronto su suerte:
mas no cede la hueste encarnizada.
Vicado al golpe del hacha al moro inerte
ya flamea en la torre inmaculada
la bandera de Malta que á tal gloria
pronto se oírán los gritos de victoria!

El momento supremo ya es llegado
los moros abatieron su bandera,
unos corren con paso acelerado
á ocultar su verguenza por do quiera,
otros pronto su orgullo al fin postrado
solo oprovio y burlon ya les espera:
clarines y cornetas y atambores
del triunfo ya celebran los honores.

Los moros ya rendidos, que inhumanos
la sangre generosa derramaron
de un millon de bravísimos cristianos
en cuantas lides con valor pelearon.

ya no se alzan llamados paganos
que para siempre su cerviz doblaron;
y en el torreón de Córdoba sultana,
ya tremola la enseña castellana.

Al triunfo! á la victoria! por doquiera
ese grito guerrero se escuchaba,
y rompiendo furiosos la barrera
el bridon con la sangre se empapaba.
En el cenit el sol, en su carrera
entre el humo y el polvo se ocultaba;—
día de maldición para el pagano!
día de bendición para el cristiano!

Humo, sangre, calor, fuego abrazante,
horrible gritería, atroz matanza,
allí se escucha un ayl agonizante
del que cue al empuje de la lanza.
Mas allá el atambor y el redoblante
hacen perder al moro la esperanza;
y en confusa derrota ya deshechos,
ocultan el pavor, tímidos pechos.

Perdon grita de lo alto el agareno
y allá en el *ganaret*, perdon, se escucha,
y otro grito aterrante, como el trueno,
no hay perdon, no hay perdon, ora en la lucha.
Todo es desolación, el campo lleno,
de mutilados cuerpos—sangre mucha
corre por la campiña como un lago,
enseñando rojiza tanto estrago!.....

II.

Era un estenso salón
cuyo techo artesonado,
ricamente decorado
con relieves de metal;
de confusos caracteres
se léen de Ebrnico alfabeto,
cuyo místico concetto
lo traduce el oriental:

El que recibe la luz
por diez goticas ventanas,
cuyas verdosas persianas,
dan vislumbre tornasol;
sobre las ricas cortinas
de terciopelo encarnado,
cuyo musizo bordado
brilla tanto como el sol.

Un docel se mira al frente
de lujo místico y vano,
que prueba que un soberano
tan solo se posa allí.
Hay á izquierda y á derecha
cojines al uso moro

con ricas borlas de oro
sobre seda carmesí.

Luego sobre el pavimento
tapiz de tripe cortado,
de gusto tan esmerado
y de una riqueza tal,
que es imposible mirar
de aquel salón la opulencia
sin conocer que es la esencia
de la riqueza oriental.

Plata, jaspó y pedrería
se miran confusamente,
allí se levio esplendente
se mira el oro y zafir:
allí joyas, ricas sedas
de la bella Alejandria;
allí se aspira ambrosia
allí se puede vivir.

Pavemos á otro salón
de superior elegancia:
que sin embargo es la estancia
do el moro tiene su Eden.—
do se esconden á los ojos
cinco ángeles no mujeres,
las que brindan sus placeres
al turco, en aquel haren.

(Continuará)

AUSENCIA.

Do estas ángel bello, querab de mi vida
Meteoro brillante de amor y verdad?
Do estas? do te fuistes? el alma perdida
En tí, en tí sueña su felicidad!.....

Mis ojos te buscan y allá en lontananza
La vaga mirada se pierde doquier,
Y al pálido rayo de lora esperanza
Allá en el desierto, te busco mujer!.....

Ah! ven á mis brazos mujer hechicera,
Ven alma de mi alma, dorada ilusión;
Ah! dime, tú me amas, no fué una quimera,
No es sueño, te amo con ciega pasión.

Si miro á la aurora, su manto de grana
Do quiera estendiendo con regio esplendor,
Que bella, me digo, que bella mañana,
Mas ay! es mas bello, mi arcángel de amor,

Si miro en la noche la luna argentada
Su manto de estrellas do quiera tender;
Que bella es me digo, la luna plúvenda
Mas bello es mi ángel, de amor y placer!.....

Enero 6 1860.

ABELARDO.

SECCION RECREATIVA.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR
 Ó SEA
 LA RECOLETA.

(CONTINUACION—VEASE EL NUMERO ANTERIOR)

II.

El lugar en que se halla situada la Recoleta, es uno de los mas lindos y poéticos que tenemos.

A su frente se ostenta cual una faja de plata, el magestuoso rio de este nombre; y sus alrededores están ocupados por lindísimas quintas.

Segun la tradicion, el año 1604, veinte y cuatro años despues de la fundacion de Buenos Aires, fué vendido el terreno que actualmente ocupa la Recoleta por un tal Ortiz y Zárate, que quizas sería el Adelantado de este nombre, á un tal Beaumont por algunas prendas de ropa.

Este último lo revendió en 1608.

Pero aquí viene una historia; esta es la del cuarto comprador de este terreno, que fué un capitán de coraceros llamado Valdéz, el cual lo donó á los padres Recoletos, con la condicion de fundar un convento de esta órden, que fué ejecutado conforme á unos diseños presentados por el Jesuita Blanqui.

El año de 1715 se halla á su principio.

A la caída de una linda tarde de Enero se con-templaba en el puerto de Cadiz una escena con-movedora.

Era una madre despidiéndose de su hijo que se embarcaba con destino á la América del Sud.

—Hijo mio, le dijo la anciana al jóven, que vestía el uniforme de capitán de coraceros, no olvidés á tu pobre madre, es lo único que te pido.

—Tened por seguro, madre mia, que en medio del Oceano, ó en el campo de batalla, un solo pensamiento ocupará la mente de vuestro hijo, y ese pensamiento será para vos,

—No esperaba otra respuesta de tí, hijo mio.

—Si es un deber, contestó el mozo, recordar á las personas á quienes debemos servicios, con cuánta mas razon no debe vivir gralada en el corazon del hijo la imagen de la madre?

La palabra fué interrumpida al jóven por un marinero que le venía á llamar; pues no se esperaba mas que á él abordo para levar el áncora.

El jóven logró desasirse de los brazos de su anciana madre, y con los ojos arrasados en lágrimas, se dirigió al buque.

El personaje que acabamos de conocer es el capitán Valdéz.

Su familia era una de las mas distinguidas y desgraciadas de Castilla.

La partida de Valdéz para América era ocasionada por la indigencia de sus padres.

El deseo de obtener fortuna, guiaba sus pasos á las playns de la jóven hija de Colón.

La suerte que le fuera adversa desde la cuna no le abandonó durante el viaje desde su patria hasta estas regiones.

Cuando se hallaban cerca de la línea, estando el capitán sobre cubierta, notó en el cielo señales de una próxima borrasca.

Sus cálculos no le engañaron, porque momentos despues el mar antes sereno, y cuya superficie estaba tersa y límpida cual un cristal, empezó á elevarse en montañas de agua, el cielo se encapotó, y el sol desapareció entre negras nubes, el trueno retumbó, con fragor, y los relámpagos comenzaron á iluminar el firmamento; el viento empezó á silvar con estrépito y el buque principió á ser el juguete de los elementos desencadenados.

Un mástil desprendido por la fuerza del vendaval, hirió de muerte al capitán; entonces la confusión mas horrorosa, empezó á reinar abordo: los gritos de las mugeres, de los hombres y de los niños, se dejaban oír con plañidero acento, pidiendo á Dios perdon de sus culpas, y que los salvara del naufragio.

Valdéz entonces, comprendiendo que el buque perecería irremediabilmente, si seguía sin que nadie lo gobernase, abandonando el cadáver del capitán, con quien lo unían los mas estrechos lazos de amistad desde la infancia, corrió á ocupar el lugar que la muerte le habia hecho abandonar, dirigiendo la maniobra.

El buque empezó á hacer agua, y entonces fué necesario alijerar la carga.

Durante toda la noche la tempestad no declinó.

Al siguiente dia cuando el oriente abría sus doradas puertas á la antorcha que ilumina con sus fulgores el universo entero, pareció que empezaba á ceder el viento; el cual fué calmado poco á poco hasta la tarde en que ya reinaba una apacible calma.

El arco iris apareció en el cielo, volviendo sus prismáticos colores á aquellos corazonces, la alegría perdida, y aumentando en ellos la gratitud hácia su Dios.

—Ahora señores, dijo Valdéz, postrémonos de rodillas y demos gracias al Todo Poderoso por habernos salvado del naufragio; y despues de hacerlo así daremos la sepultura del marino á nuestro capitán.

Toda la tripulación se puso de rodillas, elevando una plegaria al cielo.

Hay un no sé que de grave é imponente, contemplando en medio del mar, azoradillos sobre la cubierta de un buque, á los rulos marinos, adorando la omni potencia de Dios, y dándole gracias por sus beneficios.

Después que la tripulación de la "Merced" concluyó su oración, envolviéron el cadáver del capitán en la bandera de su patria, pusieron á sus pies algunas balas, arrojándole en seguida al mar.

La "Merced" siguió surcando los mares hasta Buenos Aires sin que nuevas desgracias le acontecieran.

Durante el viaje, la tripulación del que no cesó de colmar de bendiciones á su salvador.

Por fin después de algunos dias, un marinero que estaba sobre el palo mayor arreglando los aparejos, descubrió en lejananza señales de hallarse á poca distancia de tierra; así fue: dos dias después, daban fondo en la bahía de Buenos Aires.

El aspecto entonces de ésta, después la primera ciudad de las Repúblicas Sud-Americanas, no llamaba mucho la atención, á no ser la larga arboleda de corpulentos sauces, que se extendía al frente del puerto.

(Continuará.)

EL RAMILLETE.

I.

La historia que voy á contar es una historia íntima.

Sin parecerse á ninguna se parece á muchos de esos episodios de familia; tristes páginas del libro de la vida.

Me la contaron un día, en un valle risueño, bajo una haya melancólica que balanceaba al beso de la brisa su poblada cabellera.

¡La bendición del cielo se halla desprendido con su lluvia de felicidad sobre la frente del que me refirió esta historia!

II

Matilde se hallaba é la caída de una tarde en su jardín paseándose tristemente, y entregada á sus meditaciones, por entre los pabellones lujosamente alfombrados de flores. Sus ojos seguían distraídos la pintada mariposa que vagaba de planta en planta, como imagen de la dicha tras la cual andaba siempre la pobre Matilde y siempre en vano.

De pronto oyó su nombre repetido á gritos por una voz femenina. Salió Matilde de su meditación y se apresuró á dirigirse hácia el sitio de donde

partiera la voz. Era su prima Carolina quien la llamaba.

—Es papá que acaba de llegar, le dijo Carolina, y de bien mal humor por cierto. Nunca le había visto tan displicente ni tan severo. Ven á sentarte á mi lado, Matilde; le tengo miedo.

Matilde que conocía el corazón profundamente bondadoso de D. Anselmo Subiela, padre de Carolina, se sonrió, pero con una sonrisa triste que comunicó un nuevo encanto y una nueva gracia á la dulce expresión de su peregrino rostro. Enlazó su brazo con el de su prima, y abandonando el jardín, se dirigieron entrambas al salón donde estaba la esposa de Subiela y madre de Carolina sentada en un ángulo, mientras que D. Anselmo se paseaba con las manos cruzadas á la espalda y con la frente sombría y cargada de nubes.

Las dos jóvenes fueron á sentarse junto á la señora de Subiela, sin que D. Anselmo las dijera una palabra al cruzar por el salón, como si no hubiese advertido su presencia. Entonces sí que Matilde empezó á conocer que la cosa era grave. En efecto, cada tarde su tutor, al regresar á su casa, acostumbra dirigirla palabras cariñosas, teniendo siempre para ella, pobre huérfana confiada á su cuidado, una sonrisa de consuelo en los labios. Y sin embargo, la tarde de que hablamos, ni siquiera la hizo la menor señal de haber advertido su presencia.

Reinaba un silencio casi sepulcral. La tristeza tiene su contagio; y los cuatro personajes parecían tener baja la cabeza y meditaban; Carolina temblaba sin saber de que, y su buena madre estaba inquieta al ver pintado el descontento en el rostro de su esposo, que á grandes pasos iba y venía por la estancia.

D. Anselmo se retiró un momento á su gabinete y entonces las tres mujeres se entregaron á sus comentarios. ¡Ay! las tres tenían conocer demasiado la causa del disgusto de D. Anselmo.

La noche en tanto se había ido adelantando rápidamente; cuando salió de su despacho el amo de la casa, el reloj de una iglesia cercana dejaba oír su voz de bronce que dioz veces rasgó los aires.

—¿No se cena hoy en esta casa? preguntó secamente D. Anselmo.

Su esposa salió á informarse de la cocinera y volvió para decirle que aun se tardaría media hora.

—¡Ya! ¡ya! dijo entonces Subiela, es preciso esperar al señorito Enrique, nada más justo.

Estas palabras causaron á las tres mujeres el efecto de un rayo. Era lo que se tenían. Enrique andaba mezclado en el disgusto de su padre.

D. Anselmo volvió á su paseo por la sala dan-

do muestras de impaciencia. Su esposa hizo entonces una suplicante seña á Matilde que era de toda la familia, sin disputa, la que mayor influencia tenia sobre Sabiel; la jóven contestó á esta seña con otra afirmativa y se adelantó hácia su tutor, en cuyo brazo apoyó cariñosamente una mano blanca como el alabastro.

—Vamos á ver le dijo con un seductor cariño, prométame V. no enfadarse.

—Yo no prometo nada, contestó con cierto desdenguado D. Anselmo,

—Buena, pues tampoco sabrá V. nada, replicó con resolución la jóven.

—Pero bien, qué. Cuéntame lo que quieras. No me enfadaré.

—Enrique.

—Ah! se trata de Enrique?

—Enrique, prosiguió Matilde, ha ido á la ópera. Es necesario que ahora que es jóven se divierta un poco.

—¿Y con que dinero va él á tantos espectáculos y á tantas diversiones? preguntó severamente D. Anselmo.

—Hay tan pocas distracciones en su vida! murmuró Matilde.

—Y hay muchas en la mía?

El tutor de Matilde, tornó en seguida á sus paseos y cuando se sentaron á la mesa su disgusto entristeció la cena.

Enrique que no se retiró hasta media noche á su casa, encontró á su padre esperándole.

—Le estaba á V. aguardando caballero!

El jóven quiso excusarse; el padre continuó con ese tono severo que vibra á oídos de un hijo como un toque agorero cuando proviene de un padre justamente irritado.

—El director de la fabrica está descontento de tí. Me ha dicho que no cumples jamás con tu obligación, se me ha quejado amargamente de tu negligencia y de tu incapacidad.

—Es que, padre mio, no hay cosa mas tonta que estarse todo el santo dia metido en un despacho tras de fardos de algodón y de indiana. Es cosa que me desespera,

—Luego tú quieres vivir ocioso?

—Yo quisiera trabajar á mi sabor y con toda libertad. Salir cuando á ello me convidara el sol, el cielo, la naturaleza. No ser esclavo en fin.

—Cuarenta años hace, respondió gravemente anciano, que yo los puse haciendo números detras del cajon de un escritorio, sin ver el sol mas que á travez de la rejá de madera de mi cárcel.

—Es que á V. le gustan los números, padre mio.

—Tambien me gustan el sol y el cielo, respondió el anciano con amargo acento, pero allí está el deber que manda y yo creo en el deber. No ha sido paseándome al sol y respirando el aire libre como he podido sosteneros á tí y á tu hermana en los colejos, á tí, particularmente que has emprendido una carrera que no has querido continuar, ¡Necios estudios! Tu madre quiso hacer de tí un hombre instruido, mas instruido que yo, y hoy tenemos que el ignorante alimta al sabio. ¿De que te sirve toda tu ciencia si eres incapaz de ganarte la vida? Tengo sesenta años y hace cuarenta y ocho que me basto. Doce años tenia cuando, al regreso de la escuela, encontré á mi madre que lloraba haciendo un paquete de ropa que se disponia á ir á vender.—¡Oh! no la venda V. la dije yo, dígame V. solo que es lo que debo hacer para sacarla de la miseria.

—Eres demasiado pequeño me contestó.

—No, la dije, yo la amo á V. y mi cariño me hará grande. Al día siguiente cardaba lana y ganaba mas que ningun niño de mi edad.

—Pero padre, dijo Enrique confuso, á mí no me repugna el trabajo; quisiera solo aquel á que me siento inclinado. Desearia ser artista.

—¡Artista! ¡Artista! Ay! no tienes tú la paciencia ni el ardor que necesitan los artistas. Serás un vago toda tu vida y nada mas. Hemos concluido; ¡vete!

El pobre jóven se retiró embuzado á su habitación. Al entrar en ella, vió sobre su mesa y en un jarro de porcelana un vistoso ramillete. Estrechólo contra su corazón y en seguida esparció las flores. Escondido entre ellas habia un billete que Enrique llevó á sus labios antes de leerle.

(Continuará)

ESPERANZA

LEYENDA HISTORICA.

—Continuacion.—Véase el núm. 14—

VII.

Arturo en la creencia que las huérfanas pudieran venir luego de pasados los primeros trasportes del dolor, trasladó ayudado de su sirviente el cadáver de Martínez al cobertizo.

El cadáver estaba ya colorado en un atahud; la noche estaba serena, y á la luz de cuatro blandones que oscilaban con la llera brisa, pareciendo apagarse á cada momento.—era imponente aquel cuadro trazado por la mano infame de un bandido y dibujado con la noble sangre de un inocente.

Arturo pálido como un cadáver, yacía inmóvil

Y así fuera una estatua reclinado contra una de las paredes del cobertizo, su mirada estaba fija en el rostro del cadáver.

Nada perturbaba el santo silencio que reinaba en aquel lugubre recinto: la brisa juguetona de la noche, al deslizar se por entré las ramas del antiguo Ombú, hacía susurrir á este sus endebles brazos y producía un ruido vago y siniestro—la agorera lechuzza se serenia sobre el techo del cobertizo lanzando gransidos imponentes.

La oscilacion de las luces, el silbo condensado de la brisa, el susurro del Ombú, y el gransido de la lechuzza, todo, todo producía un algo de siniestro imposible de explicar.

Media hora hacia que Arturo no habia cambiado de posicion y seguía meditando con la mirada fija; su traje estaba descompuesto, su cabello en desorden revelando en su frente la lucha terrible de su espíritu.

Un ruido sordo producido en el pasillo que conduce al cobertizo, como de un objeto que cae en todo su peso, se dejó oír al mismo tiempo que un grito debil vino á herir los oídos de Arturo que volvió la cabeza hácia el sitio del ruido, y llevando su convulsa mano á la frente separó el cabello que la sombreaba y se dirigió al pasillo.

Cualquiera hubiera podido observar dos ojos vivos y penetrantes que paseaban sus miradas de observacion alternativamente en derredor, y que aparecian por una de las ojivas de la pared.

Esos ojos eran los de un negro, el mismo que se encargó de asesinar á Martínez.

Observava los movimientos de Arturo, siguiendo las instrucciones dadas á él, por la tía Tomasa, por órden de Suarez.

Cuando Arturo, hubo abandonado el cobertizo, el negro le siguió con la mirada hasta que desapareció en el pasillo y entonces dando un salto trepó sobre la pared y luego descendió al patio.—El negro era alto, horrible y su aspecto era el de un bandido; vestía un *chiripá* de damasco azul con flores blancas, el calzoncillo lo llevaba arrojado sobre los muslos y los pies descalzos. Al bajar al patio se deslizó hasta el tronco del Ombú como una serpiente y sin hacer el menor ruido; cualquiera hubiera creído que era un boa dando movimiento á su cuerpo, segun la forma de sus mil anillos.

Comprueba la respiracion de tal modo, que al llegar al pié del Ombú recién pareció respirar, luego tendió una mirada de desconfianza y se agazapó en el tronco.

VIII:

Media hora hacia que Esperanza se hallaba en su lecho donde la condujo Arturo al encontrarla caída en el pasillo.

Efectivamente Arturo no se habia engañado, cuando la desgraciada niña hubo comprendido todo lo horrible de su posicion, salió de la vecina casa sola y se dirigió á la de su padre; penetró en ella con una resignacion santa y sublime pero al pasar por el aposento de esto, al mirarlo solo se dirigió al pasadizo, de allí alcanzó á ver las luces de los blandones que ardian en derredor del feretro de su padre y una convulsion nerviosa vino á sorprenderla, la cabeza se sintió desfallecer y las piernas se negaron á sostenerla y entouces cayó al suelo exhalando el grito desgarrador que sué á Arturo de su meditacion.

Vamos ahora á hacer conocer á nuestros lectores á las huérfanas, estas estan en sus lechos, Esperanza acaba de volver de su desmayo y Carlota, la inocente Carlota descansa tambien despues de las terribles emociones por que habia pasado aquel día.

Esperanza, es una niña de unos 18 años, su rostro es el de un angel y en el purísimo mirar de sus ojos se transparenta una alma pura como las primeras ilusiones del amor.

Tiene los ojos negros y humildes como los de la gacela, sus labios rojos como dos corales, y una negra y risada cabellera sirve de marco á aquel conjunto ideal de perfecciones; la piel de su rostro es finísima y delicada; blanca como la de sus hombros y cuello;—la polidez del marmol cubre su rostro angelical y una sombra de tristeza parece velar su espasiosa frente.

Este es el retrato de la hermosa Esperanza, cuya bondad y dulzura de caracter viene á ser el complemento de tanta perfección. Carlota es por el contrario, tiene un tipo verdaderamente americano, sus ojos negros brillan llenos de fuego velados por unas pestañas largas y cecosas, su boca pequeña su nariz proporcionada y su color moreno sirviendo de arco á aquellos ojos unns anchas y arqueadas cejas, negras como su cabello.

Carlota tiene ese mirar dulce y suave que se hermana con el candor y pureza del alma, hay en todas sus facciones esa negligencia indefinible de abandono; y un no se que de angelical que hacen de aquel rostro m nos bello que el de Esperanza un conjunto mas fascinador, mas delicado.

Carlota contaba apenas 16 años, y ya descubria una alma llena de fuego y de espiritualidad; si, Carlota puede decirse era un angel delicado aqui en el aire impuro del mundo talvez podria empañar el purísimo cristal de su esquisita sensibilidad.

Hay mugeres, ó mas bien angeles que vienen al mundo como almas desterradas de su morada—el cielo.—Y esta delicada *sensitiva* acariciada por los

besos de un padre idólatra quedaba sola en el mundo, viendo ya á los 16 años de su edad aparecer el oscuro hualado del porvenir ante sus ojos, cuyos densos y renegridos umbarrones infundían un pánico terror á nuestra niña.

Sin embargo—Carlota estaba dotada de una penetración admirable, su carácter reconcentrado la hacía padecer mas de lo que sufría su hermana Esperanza.

Ella lloraba y daba espacion á su corazon, Carlota no, Carlota sufría en silencio los dolores de la vida sin quejarse jamas ni pronunciar un gemido.

Esos corazones que sufren en silencio los dolores íntimos son los que realmente padecen, por que en su alma se ahogan los senti-mientos y entonces la tisis llega apoderarse de ese corazon que sufre y calla.

Carlota, sufría y creía que llorando tocaría mas y mas la herida recién abierta en el corazon de su hermano, herida que solo el tiempo y la distraccion pueden cerrar.

Pobre niña!.....

Arturo estaba sentado á la cabecera del lecho de Esperanza que parecia en aquel momento la imagen de la inocencia, abasullada por el sufrimiento: tenia el cabello suelto que caía en caprichosas ebras sobre la almohada, los ojos fijos y llorosos los brazos tendidos desuadadamente sobre la roja cubierta de la cama los que contrastaban notablemente por su delicada blancura.

Carlota, contemplaba á su hermana con una expresion de melancolica tristeza, sin dejar asomar á sus preciosos ojos una lagrima.

Un suspiro ahogado se escapó del oprimido pecho de la niña que pareció ser la señal para romper el silencio que voluntariamente se habian impuesto nuestros jóvenes.

—Ya somos huérfanas hermana mía; dijo Esperanza haciendo un esfuerzo para sofocar sus lagrimas—Si, ya somos huérfanas, hemos perdido á un padre, . . . un padre, pobre hermana y quedamos abandonadas. . . y la encantadora Esperanza escondió su preciosa cabeza entre sus delicadas manecitas y prorumpió en llanto.

Arturo sintió resbalar una ardiente lagrima por su mejilla que trató de ocultar y con voz apagada contestó á Esperanza cuando Carlota se disponia á hacerlo.

—Teneis razon amigas mías no debas de perder un padre, pero Dios no se ha mostrado tan severo con vosotras cuando aun os ha dejado un amigo Esperanza, un . . .

—Gracias Arturo, gracias y que fuera de noso-

tras pobres y desgraciadas criaturas si no tuvieramos un ser generoso y noble que desde el cielo los bendiciones de un padre y una madre descendieran hasta vos.

—Si Arturo, vos habeis sido mas que un hermano para nosotras, y no dudéis, que desde el cielo los bendiciones de un padre y una madre descendieran hasta vos.

—Que le hecho yo querida Esperanza mas de lo que estaba en mi deber?

—Ah! si, pero somos muy desgraciadas Arturo, y Dios parece ha querido poner á prueba el temple de nuestros corazones arrebatando de solo un golpe lo que nos quedaba sobre la tierra, un padre! si, Arturo un padre. . . . Pobre Carlota, hermana mía, ya es huérfana! . . . repitió fuera de si Esperanza, mientras Carlota con esa resignacion santa que existe en los corazones puros, que solo han practicado la virtud, dijo.

—A males que no tienen remedio hermana mía, debemos oponer la conformidad, revelarnos contra los designios de la naturaleza, fuera una blasfemia conformemos con nuestra suerte y bendigamos los designios del cielo.

Esperanza haciendo un esfuerzo supremo saltó de la cama y tomando la mano de Arturo le dijo: llevanos, Arturo, queremos ver á nuestro padre una vez mas, la última.

—Si, dijo Carlota, llevanos Arturo, y la niña cejó la mano de su hermana y ambas arrastraban hacia el pasillo á Arturo que en vano queria disuadirlas.

La noche habia refrescado, el viento soplava con violencia y el pasillo estaba tan oscuro que imponia un respetuoso terror.

Las niñas siguieron en silencio conduciendo á Arturo, hasta llegar al cobertizo.—Esperanza y Carlota soltaron la mano de esta y llenas de un respeto santo fueron á arrodillarse ante el cadáver de su padre; Arturo se habia recostado á la pared pálido y descompuesto, sus piernas flaqueaban y un vertigo cruzaba por su cabeza que lo dejaba insensible.

Las huérfanas se habian quedado en una muda contemplacion mientras gruesas y ardientes lagrimas preñaban sus ojos.

Era á la verdad aquel un cuadro imponente y desgarrador; ante el cadaver de un anciano, en cuyo costado se veian las recientes huellas del puñal, dos niñas imagen de la inocencia oraban con una resignacion de ángeles, á su costado Arturo pálido como un cadaver parecia iba á desfallecer.

He aquí un cuadro á que no alcanzas las pobres coloridas de nuestra pluma, cuadro trazado por el puñal de un asesino y dibujando con la sangre de un inocente.

Arturo salió de un letargo y dijo:—Vamos niños, ya es hora.

El viento al entrar por las grietas de la pared hacía oscilar la luz de los blandones y entonces se proyectaban en los muros del cobertizo sombras fantásticos enjambres de intimidar; al mismo tiempo que el antiguo Ombú sacudía sus despolvidas ramas pareciendo el ropaje de un fantasma que se movía sobre los cadáveres de un cementerio.

—Vamos Esperanza; volvió á repetir Arturo aproximándose á las niñas.—Estas por un movimiento espontáneo llevaron sus labios á la boca del anciano y depositaron dos besos de filial ternura en aquellos labios fríos y amoratados de donde tantas palabras de cariño se habían desprendido para sus dos hijas.

Las lágrimas humedecieron el rostro del cadáver. . . . luego las huérfanas se pusieron de pie y sobre cogidas de terror al sentir el sívvido del viento y el susurro del Ombú, vinieron á asirse de la mano de Arturo y se dirigieron nuestros amigos hacia el pasillo.

E. G. G.

(Continuará.)

SECCION DE VIAJES.

Impresiones.

En el mes de Marzo de 1852 nos hallábamos en San Francisco de California sentados á una mesa y almorzando en el Hotel Lafayette, cuando nos sentimos abrazados por un individuo en quien después reconocimos á un antiguo amigo nuestro, que viajaba acompañado de otra persona el que nos presentó nuestro amigo por D. J. M.—Este era un gallardo jóven de 25 años, de distinguida figura, pelo y barba negros como el azabache; este jóven era nacido en el jardín Chileno, á hijo de un rico hacendado de Chile.—Nuestro amigo era Argentino, y con quien nos ligaba una estrecha amistad desde mucho tiempo, así que es imposible pintar el placer que ambos sentimos al volvernos á encontrar á tantas leguas de Buenos Aires donde nos habíamos conocido.

Después de las preguntas naturales en esos casos, tuvimos el sentimiento de pensar en separarnos, pues nos dijo se marchaba al día siguiente con su amigo á los *Placeres*;—preguntámosle si el objeto de ese viaje era trabajar en los lavaderos, ó si era puramente un paseo; entonces tuvimos el íntimo gusto de saber que el viaje casi no tenía un objeto determinado, pero que no era difícil se ocupasen en la explotación de las minas.

En ese caso dijimos si no hay un inconveniente

tendremos gusto de acompañarlos. Un fuerte abrazo fué la contestación de nuestro amigo, lo que significaba el placer que tenía llevándonosnos en su compañía.

Media hora después, comprobamos las provisiones necesarias para el viaje especialmente armas, cosa indispensable para hacer escursiones á esas montañas, talvez mas esencial que la comida.—

Llegado que hubo la noche nuestros amigos nos llevaron al paseo de costumbre, estoes, á recorrer todos los grandes salones de juego, en donde nos sorprendimos viendo tantos individuos reunidos jugando todos á diferentes juegos, muy fuertes cantidades de dinero: el oro y la plata rodaba sobre las mesas como granos de maíz, las *pepas* de oro de dos y tres libras, las monedas de 50 pesos octangulares, unas de las de 5, 10 y 20 pesos *Américanas* que es la mas corriente en California.

Vamos á pasar por alto ciertos incidentes curiosos de esa noche, como tambien la descripción de la ciudad que haremos mas adelante, para ocupar nos solamente de nuestro viaje á las *Minas*.

El día siguiente amaneció hermoso y sereno, y por la tarde nos embarcamos en un pequeño vapor de la carrera de San Francisco á Stockton, llamado "Jeni-Lind," llegando á este puerto al día siguiente á las 3 de la madrugada; en el acto de amanecer cada *pasajero*, cargó con su equipaje y busca alojamiento en el primer Hotel, allí no se guarda ni un miramiento en cargar cada uno sus efectos, por lo que nosotros cogimos nuestro *saco de viaje* y nos pusimos en marcha.

Una hora después estábamos en camino en una diligencia para Mokellen—Kil).

Estos *carruajes* son generalmente tirados por cuatro caballos, muy bien dirigidos aunque no dejan de dar sustos terribles á los pasajeros, que al poner el pie en esos vehiculos tiemblan de terror, pensando en los pasajes de las faldas en las elevadas montañas en donde no hay caminos, y no obstante la marcha es al galope al mismo tiempo que se hace pasar á los pasajeros todos sobre un *costado* para impedir una *catástrofe*; y para el efecto llevan su *apretador*, para al bajar un pendiente quitar el movimiento á la rueda; este sobresale uno ó dos pies del carruaje, y en ese palo se posan dos hombres para mantener el equilibrio necesario.

En esa postura, *con el corazon en la boca* (como suele decirse) se andan muchas veces un sin número de cuabras, y si en uno de esos casos se volcará el carruaje sería una rodada de dos ó tres mil pies.

De Haelkon á Moquellen Kil, se recorre una planicie de 10 leguas, tan llana y verde que seme-

ju á un paño tendido, en donde se levantan como señores de aquellos valles, millares de elevados y potentes Robles; flores presiosas poblan aquellas campiñas desde el principio de la primavera hasta el otoño, esta planicie cambia de colores; la mayor parte de las flores que nosotros cultivamos en nuestros jardines, en esos campos son silvestres, independiente de las diferentes clases que conocemos; allí crecen los chuyales de diferentes co-

lores, las rosas y penachientos de mil claves, los Dormilonas, los Penachos, varias especies de Dahías, Espuelas de caballero de muchísimas claves y milices.

En fin, puede decirse que las campiñas de aquel país, son un jardín encantado donde la mirada gira descubriendo bellezas y primores por doquiera.

(Continuará.)

MESA REVUELTA

EPIGRAMA.

A un tuerto cecoso.

Fuertes celos te devoran
Por tener un ojo abierto;
Ojos que no ven no lloran,
Dicen; y es refran mui cierto.

Pues bien, piérdelo: cegando
Imita al amor divino;
Lo cual te es fácil, estando
En la mitad del camino.

UN ACREEDOR

Y un Oficial Mayor de un Ministerio.

—Señor Oficial Mayor,
Decía un pobre cuitado,
Dos meses no me han pagado.
—Tenga paciencia señor:
No hay dinero, y por supuesto
Se le tendrá á Vd. presente.
Volveré señor?

—Corriente

Quando pague el presupuesto.

PENSAMIENTOS.

—La virtud en la mujer es el espejo en donde se reflejan las acciones del pasado, donde se transparente el alma; espejo que basta para empañar el álito infestado de la maledicencia, pero que vuelve á su brillo cuando el diáfano paño de la verdad roza su superficie.

—Nada es mas bello que la modestia sin exajeracion, el lujo y la presuncion son atributos de la ignorancia, como el pedantismo es hijo lejítimo de poca educacion.

La execiva modestia es nociva, pues daña el corazon de los que se creen modestos.

—El corazon de la mujer es un oceano, al que han querido abordar muchos marinos, pero al fin han caido envueltos en sus tempestades, y, si han salvado de los escollos el desaliento no les permite emprender un segundo viaje.

—Torcer la voluntad de los hijos es un crimen: muchos grandes hombres se han perdido por la ostinacion de los padres; muchos matrimonios han sido baldos en la sociedad por el capricho de aquellos; la experiencia enseña cuan perjudicial es querer poner barreras al amor, pues la estrechez produce lo que en un río que se ponen diques, al fin rompe y anega y arraza las campiñas por donde se precipita.

MAXIMAS.

—El pasado es como una lámpara colgada en la entrada del porvenir, para disipar una parte de las tinieblas que le cubren.

LAMENNAIS.

—El que hace bien lo hace siempre en provecho propio; cualquiera que haga mal, lo hace en su perjuicio.

[MAXIMA DEL KORAN.]

—Viajar es reasumir toda la vida en pocos años; es uno de los mayores ejercicios que el hombre puede darse al corazon y al pensamiento. Cambiar de horizonte moral, es cambiar de pensamiento.

[LAMARTINE]

—La verdad es el aliento del alma.

(BOSSUET.)

El que no tiene opinion propia siempre contra dice la de los demas.

(LINGRE)

—La inocencia es un crimen entre los culpables

(PROBERVO PERSA.)

—El celoso, pasa la vida buscando un secreto cuyo descubrimiento ha de causar su desdicha.

(OXENSTERN.)